

Pedro Calderón de la Barca, *Los misterios de la misa*, ed. J. Enrique Duarte, Kassel, Reichenberger, 2007.

El auto sacramental *Los misterios de la misa* es uno de los primeros autos calderonianos cuya representación se puede fechar con bastante exactitud. Según los documentos recopilados por J. E. Duarte, fue escrito para las celebraciones del Corpus Christi de 1640. El argumento con que aquí se desarrolla el tema común a todos los autos sacramentales —la exaltación de la Eucaristía— es en este caso la explicación del significado de los ritos y ceremonias propios de la misa. Este plano historial (el desarrollo de la celebración de la misa) se identifica, a su vez, con el plano alegórico de la vida de Cristo, entendida desde la promesa de su venida (esto es, desde el primer pecado del hombre, que conlleva la necesidad de un Redentor) hasta el anuncio de la Parusía.

Al tratarse de una edición crítica y en consonancia con la colección de la que forma parte¹, antes de presentar el texto del auto, Duarte nos brinda en primer lugar una introducción en la que da cuenta de la similitud que guarda la obra literaria con la estructura real de la misa, reformada por el papa San Pío V (1566–1572) y expresada en el misal romano. A su vez, también compara paso a paso la utilización de este paradigma compositivo en el auto del que se ocupa y en otros dos autos del poeta, *La vacante general* y *El orden de Melquisedec* (ambos publicados en esta misma colección), en un auto de Lope de Vega, *El Misacantano*, y en otro de Mira de Amescua, el *Auto sacramental de la jura del Príncipe*, analizando en cada uno de ellos la paráfrasis del misal mencionado, base del paradigma.

Acto seguido se ofrece al lector un estudio textual que se justifica, mediante el análisis y cotejo de los testimonios relevantes para la investigación (diez manuscritos y cuatro ediciones), el texto finalmente

¹ *Autos sacramentales completos de Calderón*, Pamplona / Kassel, Universidad de Navarra / Reichenberger.

editado. Se trata de una edición ecléctica, pero que toma como texto base y testimonio principal la edición princeps, que es la realizada por Sebastián de Cormellas en Barcelona probablemente en 1714 (a pesar de que en la edición figure la falsa de 1701, como explica Ruano de la Haza en la «Introducción» a la edición del auto *Andrómeda y Perseo*, Pamplona / Kassel, U. de Navarra / Reichenberger, 1995, pp. 62 y 77-78).

Tras exponer y comentar los diferentes documentos que permiten fechar la representación del auto y las circunstancias en que esta pudo darse, en un último apartado se analiza la métrica y su relación con la estructura y el argumento del auto. La brevedad de este apartado, en especial en lo que a la estructura concierne, queda en buena medida justificada por la minuciosa explicación introductoria, en la que se hace evidente la relación mantenida entre la estructura teatral y la seguida en la ceremonia de la misa: inicio de la celebración, ordinario de la misa (con sus partes correspondientes: Introito, Kyries, Gloria, lecturas, Credo, preparación del cáliz, ofrecimiento, incensario, lavatorio, *Orate* y *Suscipiat*), prefacio, canon y final. El análisis métrico llevado a cabo por Duarte, basado sobre todo en los estudios de Marín, relaciona los tipos de estrofa elegidos por el poeta con la función que les ha sido encargada: narrar un suceso, investir de dignidad un momento especialmente relevante (como por ejemplo la consagración), dar fluidez al diálogo, etc.

El auto de Duarte, como el de Villalpando, es muy breve: tan solo 1341 versos (compárese, por ejemplo, con uno de los últimos autos de don Pedro, *El cordero de Isaías*, de 2396 versos). La presentación del tema corre a cargo de los personajes alegóricos de Ignorancia y Sabiduría, quienes serán los primeros espectadores y también traductores de los misterios que se representan. Ante la solicitud de ayuda de la primera para comprender lo que acontece durante la misa, acude la Sabiduría, quien a modo de guía, le presentará las escenas que van explicando cada uno de los movimientos y palabras de la liturgia católica. El primero en aparecer es Adán, que significa los prolegómenos de la celebración: el acercamiento al altar, la invocación, el salmo y el *Confiteor*. Tanto Adán como el sacerdote oficiante de la misa, esperan con estas plegarias merecer alcanzar la tierra de promisión (el paraíso perdido, para uno; el altar, para el otro).

El primer hombre es, a su vez, representante común de la ley natural, en la que el ser humano conoce los preceptos divinos de modo intuitivo, pues aún no han sido escritos. La división de la historia de la humanidad en tres edades regidas por tres diferentes leyes que se van superando escalonadamente es muy propia de los autos de Calderón, puesto que sirve bien al propósito de narrar la historia de la Redención, iniciada con la primera caída y culminada con el sacrificio salvador de Cristo, que trae la nueva ley de Gracia. De acuerdo con esto, el siguiente en aparecer, como representante de la ley escrita y prefiguración también del Sacerdote que es Cristo, es Moisés, que tiene a su cargo los salmos del Introito, Kyries y Gloria. A partir de este momento, quien se hace cargo de la escenificación de la misa es el propio Cristo, ayudado por el Bautista, San Pablo, San Juan evangelista, el Judaísmo y la Gentilidad, que irán apareciendo en el momento en que sean necesarios. Con la ayuda de estos nuevos personajes se representa metafórica y simbólicamente la vida de Cristo: su bautismo en las aguas del Jordán, la llamada a los apóstoles, la Pasión.

A modo de recopilación de lo acontecido, los últimos 100 versos son la explicación de las prefiguraciones cristianas que la Ignorancia ha visto en Adán y Moisés: cordero, trigo y leña; vara, ley y maná. El auto termina con el anuncio al Judaísmo de su conversión al final de los tiempos.

En las páginas finales, el editor, siguiendo de nuevo la línea editoria, se consignan las diferentes lecturas halladas en los testimonios. Como nota peculiar, un apéndice con fragmentos escogidos del *Tratado espiritual de los soberanos misterios y ceremonias santas del divino sacrificio de la misa*, de Fray Juan de los Ángeles (Madrid, 1604), cierra el volumen. En esta obra Maestro y discípulo —como Sabiduría e Ignorancia en el propio auto— dialogan acerca de la necesidad de oír misa con reverencia, del significado de las ceremonias rituales, del de los ornamentos del oficiante, etc. Una vez más, Calderón encuentra en la realidad circundante los asuntos de interés —de actualidad, si se quiere— que le sirven para ofrecer a sus contemporáneos entretenimiento y doctrina.

Monica Roig
Universidad de Navarra